

RE-SEÑAS DE LIBROS

Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO

- Arcos, Jorge Luis *El libro de las conversiones imaginarias*. Madrid, Editorial Betania, 2014. 104 pp.

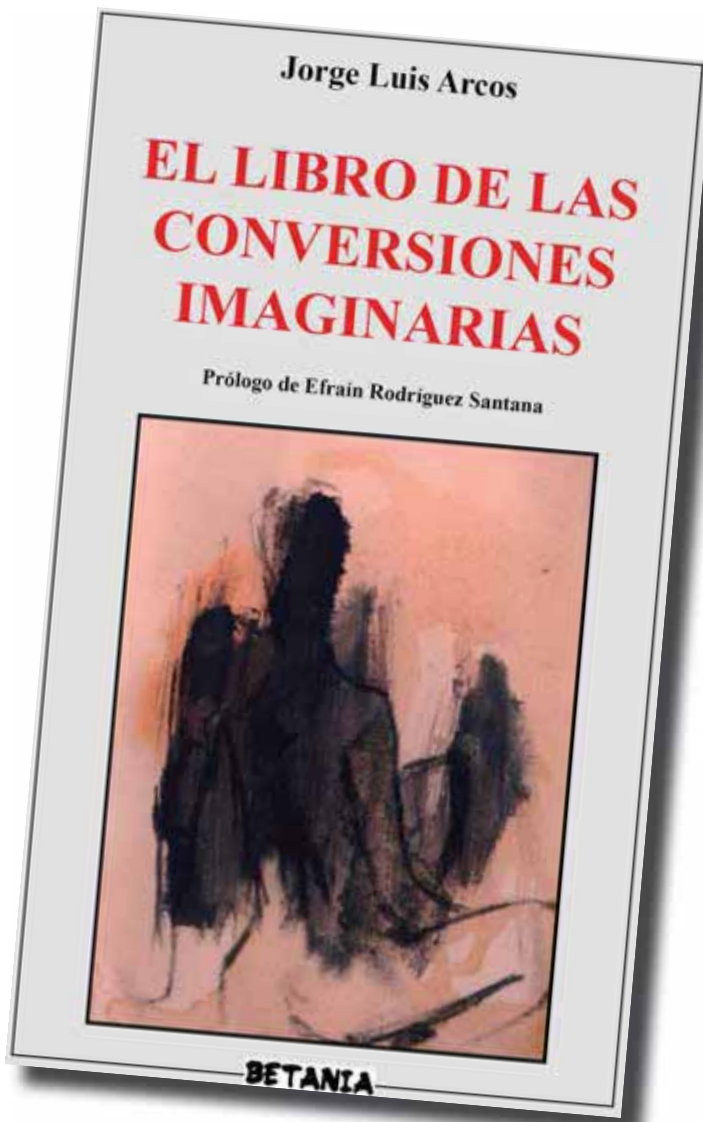
Si a través del orden cronológico siguiéramos la lectura de los libros de poesía publicados por el también investigador literario y ensayista Jorge Luis Arcos –*Conversando con un rostro nevado* (1992), *De los ínferos* (1999), *Del animal desconocido* (2002) y *La avidez del halcón* (2003)-, al desembocar en el que encabeza estas líneas podríamos comprobar el ascendente proceso de intensidad de su discurso, la reafirmación de temas y visiones que ahora alcanzan una mayor profundidad y vehemencia. En este volumen de poemas se observa la madurez de una voz que solo se adquiere a través de los años vividos, de la reflexión acuciosa y de las lecturas que proporcionan nutrientes que enriquecen el pensamiento. *El libro de las conversiones imaginarias* no es un texto de tanteos y aproximaciones, de búsqueda y experimentación. Por el contrario, fue escrito desde la perspectiva del viaje de regreso, en el *borde* –término frecuente en sus páginas-, amasado con pérdidas y frustraciones, derrotas, y desventuras, tras un largo recorrido que incluyó páramos, légameos, naufragios, suicidios, soledades y la maldita insularidad. Todo ese largo camino lleva por último al autor a reiterar la expresión de desaliento: “No puedo sufrir más”.

Las alucinaciones, las imágenes espectrales, oníricas, equívocas, permean muchos de estos poemas, que a veces conforman una especie de espiral, no avanzan, y crean así en el lector un desasosiego emocional, una sensación opresiva (“Láminas, espejos, umbrales, ondas de agua”, “Ruinas”). Sin embargo, una mayor relevancia le concede Jorge Luis Arcos al diálogo, muchas veces bajo la forma de la insinuación,

con otros poetas, en algunas ocasiones por medio de la alusión personal directa y en otros casos a través de la reproducción de algún verso. Dentro de esa extensa relación de autores encontramos a Lorenzo García Vega, José Martí, Jorge Luis Borges, José Lezama Lima, Raúl Hernández Novás, Manuel de Zequeira, Ángel Escobar, Virgilio Piñera. Una mención especial merece la pensadora malagueña María Zambrano, cuyo artículo “Sentido de la derrota”, publicado inicialmente en

la revista *Bohemia* en 1953, revive en el verso con el cual el autor puso fin a esta obra: “solo en la derrota hay plenitud”.

El libro de las conversiones imaginarias, que cuenta con un esclarecedor prólogo de Efraín Rodríguez Santana, estremece por su fuerza desgarrante y –valga el oxímoron- por su lucidez sombría. Desde el punto de vista cuantitativo, tal vez solo sea un cuaderno de poesía más publicado por un poeta cubano más de los tantos que pueblan los más remotos parajes del mundo, en este caso San



Carlos de Bariloche, en las estribaciones de los Andes Patagónicos. Allí, entre la añoranza y el frío y la desubicación geográfica, Jorge Luis Arcos, además de recordar las conversaciones con el ensayista Enrique Saínz, un viaje a las intrincadas localidades de Baracoa, marcadas por la historia patria, y las amenazas del “manotazo de plomo”, quizás evoque estos versos de Eliseo Diego que bien pudieron servir de epílogo a su libro: “Se acabaron las fiestas que solían / iluminar los hondos corredores.”

- *Con mucha melancolía. Poesías de Seboruco*. Selección, prólogo y notas de Alfredo Zaldívar. Matanzas, Ediciones Matanzas, 2013. 159 pp.

No fueron pocos los escritores cubanos, fundamentalmente poetas, que a lo largo del siglo XX alcanzaron notoriedad en el cultivo de las letras no por la relevancia de sus obras, sino por sus aspiraciones estrafalarias o por el empleo de un lenguaje disparatado que violentaba las normas del idioma y provocaba en los lectores estupefacción. Con una seriedad, un tesón y una perseverancia dignos de mejores empresas se entregaron a la creación poética o a la redacción de páginas y páginas sin tomar plena conciencia del carácter inextricable de sus escritos o de la desmesura de sus aspiraciones. Ejemplo de esta última manifestación fue el extenso poema épico *La Maceída* (1958), de 117 páginas, en el cual Carlos Rubén Lazo, de quien no tenemos otras noticias, intentó infructuosamente recoger en verso las hazañas guerreras de El Titán de Bronce, en vano intento de emular con la monumental epopeya de Virgilio *La Eneida*. Como antecedente deplorable contaba con una experiencia similar, la del joven abogado habanero Eugenio de Arriaza, quien en 1849 tuvo la osadía de publicar *Don Quijote de la Mancha en octavas*, una lamentable versión poética de las aventuras del personaje inmortal de Cervantes. Fueron tantas las burlas que cayeron sobre él que salió a la calle en busca de todos los ejemplares de la edición para destruirlos.

Dentro de la relación de los que asumieron un estilo descocado, suma de neologismos, frases ininteligibles e imá-

genes desconcertantes, estuvieron Antonio Carnicer Torres y Antonio Eulogio Hernández Alemán. El primero, nacido en Sagua la Grande en 1892, alcanzó cierta celebridad a raíz de la visita realizada a Cuba en 1930 por Federico García Lorca. El escritor granadino quedó maravillado ante la prosa empleada por Carnicer, que se saltaba las reglas sin que muchas veces los originales términos empleados perdiesen relación lógica con el referente semántico. Más tarde reunió sus composiciones poéticas bajo el título, ya de por sí elocuente, de *Fonetismos periféricos de mi peñola* (1945).

Hernández Alemán, más conocido por *Seboruco* (Matanzas, 1857 – Ídem., 1918), lejos de haberse desdibujado con el paso del tiempo ha devenido una figura merecedora de atención y de simpatía. Y cerca de conmemorar el primer centenario de su fallecimiento, la compilación de los textos de este personaje singular, llevada a cabo por el poeta y editor Alfredo Zaldívar, así lo confirma.

Aunque Hernández Alemán, también autonombado *El Vate Yumurino*, así como *Trichimicrobiado* y *Cosmogónico Vate de la Ética* y *Vate Imán*, se dio a conocer como versificador y autor de teatro en las últimas décadas del siglo XIX en la ciudad de su nacimiento, donde siempre residió, no fue hasta los albores de la centuria siguiente que alcanzó popularidad por sus versos disparatados e hilarantes, la ingeniosidad de sus improvisaciones y respuestas y su presencia frecuente en parques y calles de Matanzas. Medardo Vitier, José Z. Tallet, Miguel Ángel Macau, Joaquín V. Cataneo y otros intelectuales matanceros tuvieron contacto con él y más tarde lo recordaron por medio de varios testimonios no exentos de cariño. Fina García Marruz le dedicó unas hermosas décimas y ahora Zaldívar nos entrega la compilación que logró hacer de sus creaciones, que ha agrupado en casi una decena de textos poéticos impresos, algunos dísticos y cuartetos que improvisó y han llegado a nosotros por transmisión oral, y la pieza dramática *Un tipógrafo*, que salió publicada en 1880. Cada una de esas producciones de *Seboruco* aparece acompañada de notas y comentarios, por lo general aprovechables y dignos de agradecimiento.

Sin embargo, en una de ellas el autor de la selección erró de modo lamentable. Nos referimos a las palabras que escribió para tratar de informar acerca del “Soneto improvisado” de *Seboruco*, impreso en *El Correo de Matanzas* el 25 de abril de 1903 y de un modo muy evidente relacionado con el soneto de Enrique Hernández Miyares (*Grisóstomo*) “La más hermosa”, publicado en *El Mundo* unos días antes, el 1º de abril, y motivo de una enconada polémica por haber sido considerado, injustamente, plagio de un poema dado a conocer antes en España por el cervantista Francisco Rodríguez Marín. Por medio de este poema *El Vate Yumurino* se incorporó a aquel apasionado debate, que se encargó de amplificar la prensa, y no solo mencionó en el encabezamiento, con su nombre completo, a Hernández Miyares, sino que en sus versos hizo alusiones al soneto de este, que comenzaba así: “Que siga el caballero su camino / agravios desfaciendo con su lanza”. Por su parte, *Seboruco* expresó: “Que siga el buen aristócrata de la ciencia / Defectos corrigiendo culto el tino” (p. 40). *Grisóstomo* cerró con este verso final: “di que siempre será la más hermosa!”. Y Hernández Alemán: “Al morir Dios dirá es la más Hermosa!!!!”

No obstante los elementos antes señalados, y otros más que vinculan a ambos poemas, sin lugar a dudas, debemos anotar que su relación directa ya había sido recogida por José Manuel Carbonell en *La más hermosa (Historia de un soneto)* (1917), pp. 150-151, a partir de la noticia que apareció en *El Mundo* del 29 de abril de 1903 bajo el título “Algo de todo. Versos de Seboruco”. En ella, después de una breve y sarcástica introducción del gacetillero, aparece reproducido “Soneto improvisado”, pero tanto las palabras iniciales que escribió el autor como sus versos difieren notablemente de los que encontramos ahora en el libro de Zaldívar y, además, adquieren un mayor sentido, si es que cabe esperar esto de un escritor tan descoyuntado. O fueron errores surgidos en el proceso de transcripción del periódico o erratas imputables a la edición de *Con mucha melancolía*.

A partir de este momento, a la luz de las informaciones que hemos ofrecido,

el autor de esta compilación, quien afirma haber buscado explicación al "Soneto improvisado" a través de la prensa de Matanzas y de La Habana de la época sin encontrar nada "sobre la discusión a que hace referencia" (p. 41), podrá contar con "una idea clara del asunto" y dejar de considerar a esta como "una de las composiciones más inextricables de Seboruco". Con igual voluntad constructiva le ofrecemos a continuación otro soneto de Hernández Alemán que no pudo hallar a través de sus investigaciones y que de seguro le servirá para enriquecer la recopilación de textos de este autor que lleva a cabo. Al mismo tiempo, será útil también para que los lectores de estas líneas, que aún no conocen *Con mucha melancolía*, puedan calibrar el estilo abstruso de *El Vate Yumurino*. El mérito del hallazgo le corresponde

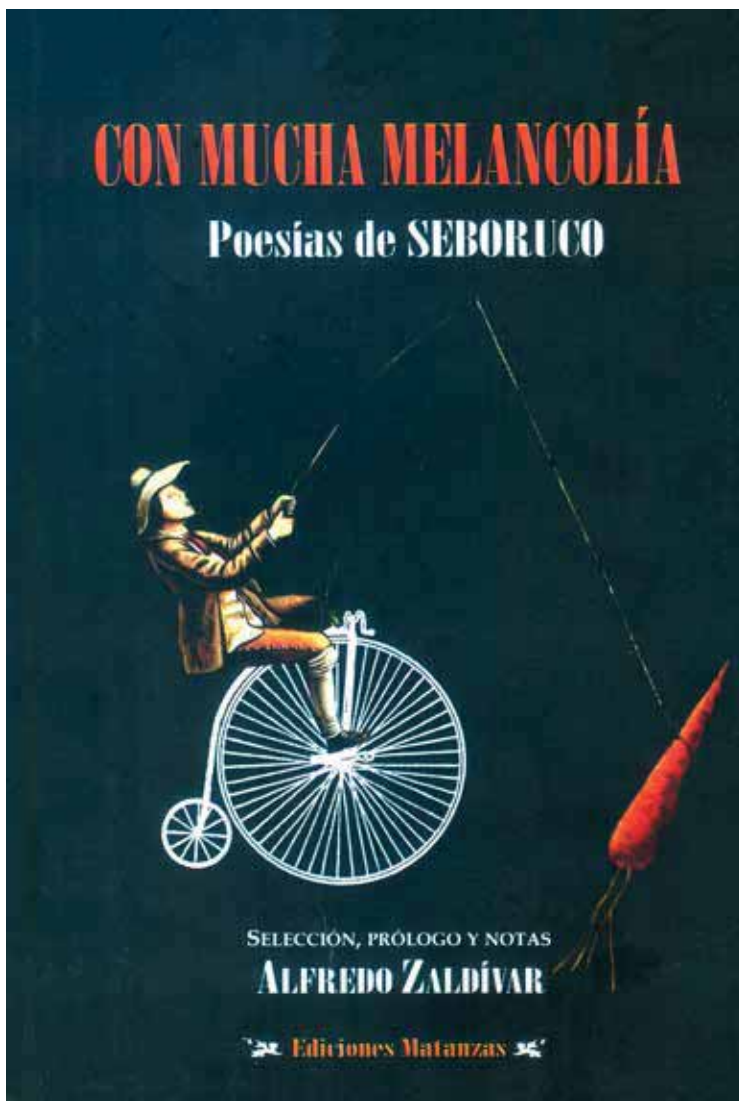
al investigador literario Ricardo Luis Hernández Otero, quien gentilmente nos ha facilitado el poema, y su localización exacta es la siguiente: Sección "Los sinsontes" en campaña" de *La Avanzada*; periódico conservador Año I Nro. 26. La Habana, 22 de octubre de 1885, p. 2. Se titula "Soneto belicoso", tiene al pie la firma: *Seboruco (Vate Yumurino)* y quizás había sido publicado antes en un periódico de Matanzas. "Daoiz y Velarde los heroicidas / Rimbaban intrépidos en Homero: / Las nubes agita tranquilo herrero: / ¿Nerón quiere Romas enfueguicidas? / Guillermo fluido germano imperante / Bismarck atrevido cachifollado, / De las islas el monte y el collado, / En su orgullo satánico rapante. / Ingratas Las Carolinas son fluidas? / Mas los rayos de Júpiter tonante / gracias las besaban homicidas. / De bravos un

Napoleón rutilante / Gentes vaporosas enrrebrecidas; / ¿Soldados y cañón horripilante?" Una lectura simple de estos versos nos puede conducir hoy a invalidarlos por delirantes. Pero si sabemos que en aquel año de 1885 España ocupó con sus soldados las Islas Carolinas, en el Pacífico, lo cual provocó una gran tensión con el Imperio Alemán, las alusiones de *Seboruco* comienzan a cobrar cierto sentido.

Por otro lado, la localización de este poema nos obliga a rectificar una información que nos ofrece Alfredo Zaldívar. Según su criterio, en relación con un poema de Hernández Alemán publicado en 1902, se dice: "Es la primera vez que encontramos su apodo en los periódicos" (p. 39). Como puede comprobarse, ya en 1885 aparecían sus escritos como *Seboruco*.

Por nuestra parte, podemos añadir otra composición firmada por Seboruco que bajo el título de "Diálogo cogido al vuelo" fue publicada en la sección "Gacetillas" del diario político de Matanzas *El Moderado* Año XIII Nro. 250, miércoles 25 de octubre de 1916, página 2. Su estructura se basa en un diálogo de versos ripiosos y de carácter político, que responde a las luchas partidistas que se libraban entonces por la alcaldía de esa ciudad con vistas a las elecciones que se efectuarían pocos días después, el 1º de noviembre. A continuación reproducimos el poema: "- El liberal perderá. / - ¿Por qué lo dices, Consuelo? / - Porque cualquiera ve ya / Que el gallo está por el suelo. // - No te tires, Amador... / - Yo casarme me propongo... / - Domina un poco tu amor / Porque si no, yo te pongo / Viejito, un Supervisor. // - ¿Será Estidido nuestro Alcalde? / - ¡Por Dios! ¿quién disiente ya eso? / - Que hay leones te confieso... / - Todo, todo será en balde / Porque Estidido es un tigrero."

El hallazgo de esta pieza de Hernández Alemán nos obliga a hacerle a Zaldívar otras dos correcciones. La primera tiene que ver con su afirmación: "...desde 1903 en adelante no vuelven a aparecer versos del Vate Yumurino en la prensa" (p. 9). Como puede verse, el poema anterior salió impreso en un diario matancero en 1916. El segundo señalamiento tiene su punto de partida en



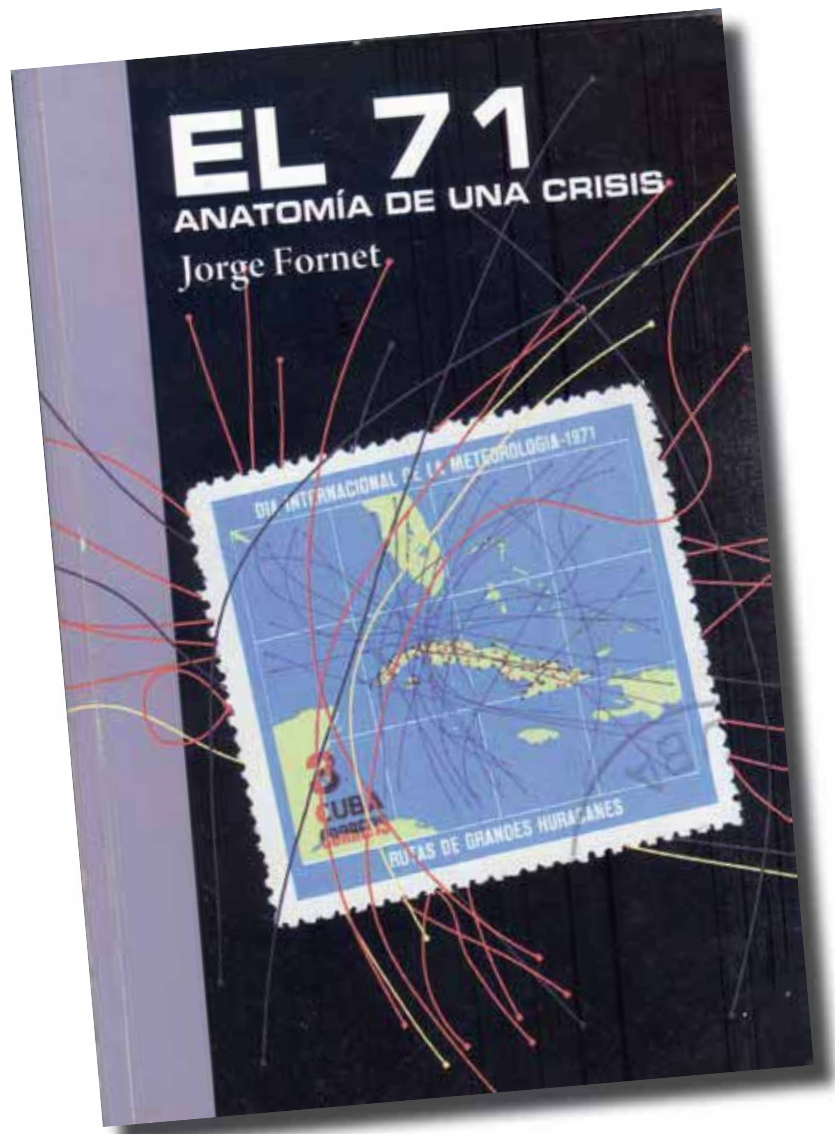
esta otra aseveración: entre 1911 y 1915 “Seboruco vivía su etapa más delirante, pues padecía de arterioesclerosis, enfermedad que tres años después lo llevaría a la muerte” (p. 83). Si se leen con detenimiento estos versos podrá observarse, además de su nula calidad literaria, que constituían un ataque al Partido Liberal, cuyo símbolo era el gallo, y que respondían a la problemática partidista del momento, lo cual no hubiera sido de esperar de un autor con sus facultades mentales tan afectadas. El estilo no dejaba de ser estafalario, pero en el trasfondo existía un sentido.

La literatura cubana, al igual que todas las literaturas nacionales, está conformada por algo así como un bosque de mayor o menor espesura. Sea cual fuere su excelencia, si acaso se nos permite esta comparación botánica, podríamos admirar sólidos troncos, árboles frondosos y con bellos frutos, como podrían ser, por ejemplo, las obras de José Martí, Alejo Carpentier y José Lezama Lima. Pero también existen los autores menores, los modestos repentistas, aquellos que solo publicaron algún cuaderno intrascendente de poesía y luego se diluyeron en el olvido. Ellos serían los arbustos, las enredaderas y los bejucos, que también integran el bosque en su totalidad. Todos ellos conforman el mapa de la creación poética de un país, en este caso el nuestro, y ninguno debe ser ninguneado a priori.

Seboruco difícilmente aparecerá mencionado en una historia de la literatura cubana. Pero ya le asiste el mérito de que, casi un siglo después de su muerte, nos acordemos de él. Otros poetas cubanos de su época, incluso con mucho más nombre y premios y publicaciones en periódicos y revistas, hoy son para nosotros unos desconocidos. Desde el pasado, *El Vate Imán* se asoma para saludarnos con la gracia desconcertante de sus versos y recordarnos que la posteridad también es “un niño que juega a los dados”.

-Fornet, Jorge *El 71. Anatomía de una crisis*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2013. 324 pp.

En el proceso histórico cubano que se inició en 1959, con el triunfo de la



Revolución, y que de acuerdo con algunos criterios llega hasta nuestros días, el año 1971 representó un punto de giro fundamentalmente en los planos ideológico, cultural y educacional. Si bien es cierto que en su transcurso no ocurrieron cambios económicos estructurales ni sustituciones relevantes en el equipo de gobierno, sí puede asegurarse que se implementaron políticas y se institucionalizaron directrices ideológicas que marcaron pautas e incidieron con notable fuerza en toda la sociedad.

En 1971 se dictaron la ley contra la vagancia y la ley que estableció el carné de identidad, se incrementó la construcción de escuelas en el campo y la de viviendas mediante el sistema de microbrigadas, se creó la distinción de Héroe Nacional del Trabajo y se inauguraron

los primeros edificios del reparto Alamar. También el gobierno cubano dio muestras de un mayor y rápido acercamiento al campo socialista, de modo particular a la URSS, lo cual propició la visita al país de altos funcionarios soviéticos, entre ellos el primer ministro Alexei Kosiguin, y al año siguiente el ingreso de Cuba en el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME). De igual forma, se realizó el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, de tan triste memoria, el capitán y escritor Luis Pavón Tamayo fue nombrado director del Consejo Nacional de Cultura y resultó detenido, bajo la acusación de llevar a cabo actividades contrarrevolucionarias, el poeta Heberto Padilla, hecho que provocó un escándalo internacional y tuvo graves consecuencias.

Muchos de estos acontecimientos, en particular los relacionados con el mundo de la cultura, han sido abordados con objetividad, profundidad e, incluso, con cierta valentía política en el presente ensayo de Jorge Fornet, que constituye el necesario recuento de aquel año memorable, aunque no por motivos de feliz recordación. No son pocas las páginas que le dedicó a aspectos de interés para la literatura cubana, como la aparición de la novela policiaca y la irrupción del realismo socialista, el cine, a través de comentarios a los filmes *Una pelea cubana contra los demonios* y *Los días del agua*, y la arquitectura, con el caso de la Escuela Nacional de Arte. Sin embargo, con toda razón le concedió mayor relevancia al “caso Padilla”, que dio pie a intensas polémicas y a la ruptura de destacados intelectuales extranjeros con el proyecto socialista cubano, y al Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, que le fijó estrictas reglas al desarrollo del movimiento cultural, signadas por el dogmatismo ideológico, la homofobia, el ateísmo, la rigidez política y el arte utilitario.

A lo largo de ese recorrido, el autor decidió fijar la atención no en “lo memorialístico o lo testimonial” (p. 12), sino en “la materia prima que provenía de los textos de la época” (p. 13), según nos declara. Aunque en realidad muchas veces se vio obligado a echar mano a escritos dados a conocer varios años después o a otros impresos en el extranjero, pues las publicaciones periódicas nacionales solo se limitaron a reproducir el discurso oficial y no reflejaron el debate surgido entonces en el interior de los medios artísticos e intelectuales, que se desarrolló a *sotto voce* y no sin la presencia del miedo a las represalias.

El 71... comprende un considerable volumen de información que para muchos resultará novedosa, dado el manto de silencio que se ha pretendido extender sobre los errores cometidos entonces y sus desdichadas consecuencias en el ámbito de la cultura, del arte, de la educación, del pensamiento social. Más allá de nuestras fronteras, en los círculos intelectuales de México y de París, resultó apasionada la reacción causada por el “caso Padilla” y por lo que algu-

nos consideraron “la soviétización” de la Revolución cubana, hasta entonces encauzada por un camino propio. En especial resultan de interés el resumen de la reacción de “la mafia” mexicana y el del surgimiento y la caída de la revista *Libre*. En cambio llega a ser deplorable el conocimiento del grado de estulticia y de oscurantismo en que cayeron entonces valiosos escritores cubanos, como el Poeta Nacional, Nicolás Guillén, quien se atrevió a negar despectivamente las obras de Marcel Proust, James Joyce y André Gide (pp. 179-180). Desde la perspectiva actual podemos preguntarnos: ¿qué actitud debió asumir entonces un intelectual medianamente cuerdo, tolerante y equilibrado en sus juicios ante aquella rigidez política y crispación dogmática? ¿El ostracismo, la renuncia a toda participación en la cultura nacional, el exilio?

No obstante su rica y muy aprovechable información, *El 71...* adolece de algunas omisiones, si bien no fundamentales, de valor para interpretar con mayores elementos lo sucedido en Cuba en aquel año. Una de ellas se refiere a un hecho ya olvidado: el fusilamiento del joven narrador Nelson Rodríguez Leyva (Las Villas, 1943), autor de *El regalo* (Ediciones R, 1964), que según el criterio del ensayista Alberto Garrandés es “un grupo de viñetas semifantásticas que se acercan al Piñera episódico de “La boda” y “Unión indestructible”, pero que se abren a otros horizontes más allá del absurdo” (*Historia de la literatura cubana*, 2008, t. III, p. 263). Este es, en síntesis, su desventurado final: inconforme con el gobierno cubano y con su situación en Cuba, más aún después de haber sufrido el internamiento en uno de los campamentos de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP) y del negro horizonte que presagiaba el aludido congreso de educación y cultura, celebrado semanas antes, en el mes de julio, acompañado de otro joven, se lanzó al desesperado y criminal proyecto de desviar de su ruta un avión de Cubana para dirigirlo a los Estados Unidos, en un contexto marcado por el considerable número de naves aéreas que por aquel tiempo fueron desviadas hacia nuestro

país por perseguidos políticos (p. 14). Armados de dos granadas, intentaron el secuestro, que resultó infructuoso. Uno de los artefactos explosivos estalló y le causó la muerte a uno de los pasajeros, así como heridas graves a ambos. Al día siguiente apareció la información en el diario *Granma*, pero deliberadamente, para impedir su plena identificación, el nombre de Nelson Rodríguez Leyva fue cambiado por el de Nelson Álvarez López (*Granma*, 12 de julio de 1971, p. 3). Después del traspíe sufrido con la detención del poeta Padilla las autoridades no deseaban un problema aún más grave con un joven escritor, aunque este hubiera protagonizado un acto de terrorismo.

Los dos secuestradores fueron curados, llevados a juicio, sentenciados a muerte y ejecutados. A pesar de que se trató de que no trascendiera el nombre de Nelson Rodríguez, muy pronto fue conocida su identidad por sus amigos y por los jóvenes escritores que, como él, se habían situado al margen de las instituciones culturales del Estado. Aquel acto descabellado y su fatal desenlace impactaron. El miedo aumentó y se hizo extensivo a perder incluso el propio nombre.

Fornet omitió igualmente en su libro la mención a dos fenómenos culturales que se derivaron de forma directa del Primer Congreso...: la creación del Seminario Juvenil de Estudios Martianos y el “fortalecimiento ideológico” de los Talleres Literarios. El primero de ellos conoció su convocatoria inicial en noviembre de 1971, bajo el auspicio de la Unión de Jóvenes Comunistas y del Consejo Nacional de Cultura, y tuvo como piedra fundamental “el conocimiento de la vida y de la obra de José Martí, indispensable para la comprensión cabal de nuestra historia, y cuyo legado antimperialista y revolucionario contribuye a la formación de la juventud cubana en los principios y moral socialistas de nuestra sociedad” (*Diccionario de la literatura cubana*, 1984, t. 2, p. 963). Dos años después este seminario conocería su lineamiento directriz por medio del folleto de José Antonio Portuondo *Martí y el diversionismo ideológico*.

Si bien los Talleres Literarios habían quedado constituidos años atrás, a partir del mencionado congreso cobraron un nuevo impulso y se multiplicaron a lo largo del país y en centros docentes de nivel medio y superior. A través de esos encuentros a los funcionarios de la cultura les resultaba mucho más fácil la tarea de encauzar y monitorear las creaciones literarias de los jóvenes, así como estimular los textos más apegados a las directrices estético-ideológicas por medio de premios y publicaciones. Los Talleres Literarios eran concebidos como un "vehículo nucleador a través del cual pueden canalizarse las inquietudes artísticas y apoyar, a su vez, la política emanada del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura" (Ídem., p. 995).

De igual forma, Jorge Fornet desaprovechó la oportunidad de incorporar a su ensayo al menos un comentario general sobre los libros de texto empleados entonces para la enseñanza de la literatura, los cuales, a través de las selecciones de las obras, de los contenidos y de las valoraciones que acompañaban a los autores, anteponían el prisma político e ideológico y emitían juicios sesgados por un esquematismo dirigido a la invalidación de aquellos que transgredieran los márgenes. Como ejemplo podemos citar el segundo tomo de la *Antología de la literatura hispanoamericana*, publicada por el Ministerio de Educación, destinada a la Enseñanza General y, según el colofón, impresa en diciembre de 1970, de lo cual se deduce que llegó a manos de los estudiantes al año siguiente. De Pablo Neruda se dice: "Evolucionó de una posición revolucionaria, americanista, a una actitud conciliadora con el imperialismo norteamericano" (p. 138) y de Miguel Ángel Asturias: "un penoso caso de acomodamiento personal a la sombra del régimen proimperialista de su país" (p. 266). No creemos difícil imaginar el descrédito que habrán causado entre los estudiantes esas afirmaciones dirigidas a dos Premios Nobel de Literatura, ambos pertenecientes a nuestra América. Por otro lado, esas citas le hubieran servido al autor para reforzar las menciones que hace de los ataques políticos a Neruda y a Asturias

que por aquel tiempo le dirigieron las autoridades cubanas (pp. 56-57 y pp. 59-60).

De modo contrario, en algunos pasajes el autor incorpora citas de escasa contundencia, en cierta medida forzadas, en vez de ir en busca de otras mucho más convincentes y útiles para respaldar sus argumentos. Como ejemplo podemos traer estas palabras del narrador Jesús Díaz, publicadas en 1966, que Jorge Fornet reproduce con el fin de mostrar la intransigencia política y, más aún, la homofobia que no había cesado de crecer: "si está el homosexual pervertido y exhibicionista, está también la persona que cumple sus obligaciones sociales y revolucionarias" (p. 171). Mucho mejor hubiera sido que en vez de la voz de este escritor, que al fin y al cabo representaba un criterio personal, emplease como ejemplo declaraciones oficiales ciertamente más contundentes, como estas que, bajo el subtítulo de "La lucha contra las lacras sociales", aparecieron impresas en la revista *Moncada*, "Órgano del Ministerio del Interior", "Editado bajo la orientación de la Dirección Política del Min-Int": "...sí podemos afirmar que el homosexualismo (sic) es un fenómeno político, una manifestación ideológica de la burguesía que está en contradicción con los principios de la Revolución". "El homosexual entre los trabajadores y los campesinos prácticamente no existe. Este surge de las capas pequeño-burguesas, que con dinero y tiempo ocioso se convierten en amoraes. De modo muy especial se concentran en los medios artísticos e intelectuales..." "Sobre la base de ser del MIN-INT, es decir "prevención, represión y rehabilitación", /la militancia revolucionaria/ tiene que actuar contra los homosexuales que llevan una vida desenfrenada, que tratan de desviar a jóvenes y que de modo más o menos público viven en la más abyecta promiscuidad sexual" (*Moncada* Nro. 12, abril de 1967, pp. 39-46). O esta otra perla: "Pero no solo /los combatientes del MIN-INT/ nos hemos enfrentado al espía contrarrevolucionario y a las exterminadas bandas, sino también al terrible mal que nos legó el capitalismo: la prostitución, el robo, el homosexua-

lismo (sic)..." (*Moncada* Nro. 32, diciembre de 1968, p. 15). Estos criterios -de mucho mayor peso que el anterior de Jesús Díaz, quien años después cambiaría de trincheras políticas-, en esencia corroboraban que si bien los campos de la UMAP pertenecían al pasado, se hallaba muy vigente el odio al homosexual y su identificación con los intelectuales y los artistas, actitudes decisivas para la implementación de la homofobia, la política de exclusión -"La Universidad para los revolucionarios"- y el proceso de "parametración" decretados a raíz del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura. Su extensa Declaración Final vino a afectar directamente la existencia de numerosos escritores y creyentes religiosos, artistas y estudiantes universitarios, homosexuales, actores e incluso revolucionarios que se negaron entonces a comulgar con aquel extremismo.

Más allá de los reparos que le hemos hecho, consideramos que con *El 71. Anatomía de una crisis*, Jorge Fornet ha cumplido con los objetivos que se propuso y nos ha brindado una obra muy necesaria para adquirir amplia información acerca de un momento sumamente enrevesado -y silenciado- de nuestra historia contemporánea, en la cual no faltan lagunas y agujeros negros. Muy acertada resulta esta "anatomía" de la crisis iniciada en el año 1971. Ahora se impone la tarea de pasar a hacerle además una "radiografía", para seguir nosotros con el empleo de términos clínicos. Una radiografía que nos lleve más allá, que nos muestre el esqueleto, los huesos, el corazón de los que padecieron aquellas represalias, el componente "memoralístico y testimonial" que, por decisión soberana del autor, no se incluyó en este libro. Con ese necesario complemento arribaríamos plenamente a la médula de la crisis de este segmento del proceso revolucionario.